



### **DOMINIQUE: mi amigo en Gabón**

Tomado del libro: **“Historia de un Legionario de Cristo irlandés: de cómo encontró su corazón y casi perdió la razón”** Por Jack Keogh

**E**n Gabón nos acostábamos y nos levantábamos temprano. Fuera del centro de la ciudad, la mayoría de la gente no tenía electricidad y nuestro día estaba regulado por la salida y la puesta del sol. Como estábamos muy cerca del Ecuador, no existía el crepúsculo.

Una noche, poco después de dormirme en mi caseta de la Misión, oí fuertes golpes a mi puerta. La abrí y me encontré con dos hombres completamente borrachos. Me llevó un momento sobreponerme a mi susto inicial y comprender lo que decían. Eran amigos de Dominique, que estaba enfermo y necesitaba ayuda enseguida. Subí a los dos hombres a la caja de mi camioneta y me llevaron hasta la casucha de Dominique en las afueras de la ciudad. Los miraba constantemente por el espejo retrovisor, para ver si se habían caído; vi a uno de ellos inclinándose hacia afuera y vomitando. Cuando llegamos a la choza de Dominique, la encontramos cerrada con llave; sus amigos se turnaron para vomitar al costado de la choza y golpear a la puerta.

Como no obteníamos respuesta alguna, supuse que Dominique estaba muerto o inconsciente. Derribé la puerta. Yacía en mitad de la choza, en un charco de orina y excremento; el olor era insoportable. Alguien había usado la camiseta de Bongo para tratar de limpiar el desastre, y luego la había dejado tirada a su lado. Estaba descalzo y desnudo de la cintura para arriba. La adrenalina, esa hormona maravillosa, inmediatamente aumentó mi sensación de urgencia. Levanté a Dominique y lo llevé hasta la camioneta. Jamás en mi vida había sentido un cuerpo humano tan caliente: estaba literalmente hirviendo de fiebre. Lo envolví en una vieja manta y lo llevé lo más rápido que pude al hospital, volando sobre las carreteras destruidas. Sus amigos borrachos no nos acompañaron.

\*\*\*

A eso de la 1:00 llegamos al hospital, un edificio de dos pisos pintado a la cal, apenas iluminado por el farol de la calle. Había dos mujeres sentadas en los escalones de la entrada, fumando. Vestían las ropas azules y blancas de las enfermeras. A pesar de lo tarde que era, casi no me prestaron atención. Expliqué la apremiante situación de mi compañero; no podía creer lo que me contestaron: “Vuelva mañana, cuando esté el doctor” me dijo una.

“Tómele la temperatura” hice un gesto hacia la camioneta. “No soy médico, pero creo que para entonces podría estar muerto”.

“Lo siento, no podemos hacer nada por usted” respondió y reanudó la conversación con su amiga.

“¿Dónde encuentro un médico de inmediato?” insistí. Esta vez la enfermera notó la urgencia de mi tono.

“Mire, la casa del doctor se encuentra a unas cuantas millas y la camioneta del hospital no está aquí para ir a buscarlo”.

Justo en ese momento llegó una camioneta blanca que estacionó detrás de la mía. Entretanto, Dominique yacía en la parte de atrás, muriéndose o ya muerto. Me acerqué al conductor de la camioneta blanca, que llevaba sólo una chaqueta larga, demasiado grande; iba descalzo y no pude ver si llevaba pantalones.

“¿Eres el chofer del hospital?” pregunté.

“Oui, Monsieur” respondió hoscamente.

“¿Podrías ir a buscar a Doctor? El hombre en mi camioneta se está muriendo”.

Su actitud demostraba una total falta de interés. Me dijo que iría a buscar al médico, ya que éste era su trabajo, pero que tenía un problema:

“Lamentablemente, monsieur, mi camioneta casi no tiene gasolina”.

Sin dudar, tomé al hombrecillo de las solapas y me acerqué tanto que podía oler su aliento ácido. Noté que las enfermeras comenzaban a inquietarse, ya no eran indiferentes a lo que pasaba. No había muchas personas tan grandes como yo en Franceville; estoy seguro de que temían una explosión violenta. En mi mejor francés y con calma, le dije al chofer que fuera a buscar al médico inmediatamente, en su camioneta o en la mía. Le dije que si se negaba, lo mataría.

Quince minutos después, Dominique ingresaba al hospital. Lo pusieron en una cama en una sala pequeña, con otros ocho pacientes. Una vez que estuvo instalado, pero todavía inconsciente, me fui, planeando volver a la mañana. De camino a casa, reflexioné sobre el poco valor de la vida en un país pobre. Yo estoy convencido de que hay que hacer todo lo posible por salvar a un ser humano. Sin embargo, sólo Dios sabe los horribles casos de pobreza y enfermedad que esas enfermeras tenían que ver cada día. Tal vez tenían sus motivos para actuar de manera tan pragmática y algo fatalista.

Al día siguiente, Luis y yo visitamos a Dominique. Le habían puesto una bata de hospital limpia, estaba consciente y parecía estar bien; la fiebre había bajado. Los parientes que visitaban a los demás pacientes cocinaban en pequeñas fogatas encendidas en el pasillo sin techo del hospital. Algunos pacientes habían salido de sus camas para que se acostaran sus visitantes, siguiendo la costumbre local. Dominique no estaba contento en el hospital y no parecía agradecido por que yo lo hubiese traído. Una vez más, yo no sabía si estaba interpretando correctamente sus emociones. Cuando nos fuimos, prometimos regresar al día siguiente. Cuando lo hicimos,

él se había ido; lo encontramos caminando por la carretera, vestido con su bata de hospital, a unas diez millas de la ciudad. La sonrisa había desaparecido de su rostro consumido; pero parecía estar bien. “Gracias, pero no confío en los médicos del hospital” nos dijo. “Vuelvo a mi pueblo, allí me curarán”.

A pesar de su evidente debilidad y de estar enfermo de malaria, obstinadamente rechazó nuestra ayuda; sólo nos permitió llevarlo en la camioneta hasta su pueblo. Nunca regresó y jamás lo volví a ver. Llegué a comprender mejor su fatalista sistema de creencias: lo que tenga que ser, será; las fuerzas detrás de las cosas son más grandes que nosotros, los humanos no debemos interferir.

Dominique creía que el curandero de su pueblo era más apto para lidiar con esas fuerzas misteriosas que los médicos occidentales en sus elegantes delantales blancos.